REVISTA DE CRITICA CULTURAL



PASCUA EN LA FACULTAD:
Bernardo Subercaseaux

LA IDENTIDAD REVISITADA:
Julio Ortega

EL CINE COMO VIAJE CLANDESTINO:
Raúl Ruiz

LA PRIMERA NOVELISTA CHILENA

LO QUE BRILLA POR SU AUSENCIA:
Diamela Eltit, Francesca Lombardo, Nelly Richard

UN RETRATO DE JEAN FRANCO

Revista de Crítica Cultural Nº 11 / noviembre de 1995 / $ 2.000 i.v.a. incluído

El sujeto homosexual: un efecto discursivo (Lemebel, Casas, Sutherland)

Fernando Blanco

("La esquina es mi corazón", Pedro Lemebel, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1995. "Sodoma mía", Francisco Casas, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1991. "Angeles negros", Juan Pablo Sutherland, Santiago, Editorial Planeta, 1994)

Esta página no tiene sexo, por lo menos en lo que a un destino hormonal se refiere. Es más bien un espacio común de fracción, de interrogación, de tránsito entre uno y otro, fuera de partes (pudendas), de centro, de locus en el que las palabras se ordenan para exponer, exhibir los contornos peculiares que adquiere la fisonomía de la literatura chilena reciente y, por qué no decirlo, los de la académica recepción crítica. Tres autores en medio de la arena de las confrontaciones editoriales han ido, bajo sospecha, asaeteando el tejido de los saberes literarios vernáculos: escrutando, inoculando, diseminando formas y modos que subvierten a través de sus prácticas discursivas, modelos canónicos, deslegimando sus límites e imponiéndoles nuevos pliegues. La "identidad sexual" es uno de estos puntos en los que la cultura oficial se fractura, se irisa, se tensa, haciendo del maniqueo modelo hegemónico heterosexual un discurso va(i)ciado de cartón piedra.
La totalidad de la metafísica occidental está fundada sobre la construcción y naturalización de la diferencia como términos opuestos: hombre-mujer, luz-oscuridad, cultura-barbarie, términos que no significan nada en sí mismos, sino que adquieren relación de diferencias para con un opuesto que viene a representar todo lo que el término inicial no es. Es este entramado discursivo binario en el que impactan, desestabilizándolo, las crónicas urbanas de Pedro Lemebel, La esquina es mi corazón (1994), la poesía de Francisco Casas, Sodoma Mía (1991), o los cuentos de Juan Pablo Sutherland Angeles Negros (1994), en los cuales vemos desfilar a un Eros desordenado cuyo signo parece ser la indiferencia, lanzado a través de los relatos de estos autores en metamorfosis continua, yendo de un cuerpo a otro, de un saber a otro, por sobre los estatutos morales del "buen uso" del cuerpo o de la estadística del deseo, arrasando de paso con los criterios biológicos (cromosomas), de apariencia (afeminamiento o masculinización), de la elección de pareja o procreación, multiplicando las fantasías sexuales, jugando con aquello de las "células ociosas", a cuyo paso vemos entrecruzarse los discursos sociales, desplazando, proliferando y acentuando la inestabilidad de esas categorías, redefiniendo los distintos usuarios del placer y del poder, configurando un mapa otro del corazón humano.

Los tatuajes / La esquina

Así como hablar de "gay" u "homosexual" resulta anacrónico o etnocéntrico al referirse a culturas como la africana o la asiática, definir un corpus literario por su temática, o por las preferencias sexuales del autor resulta igual de antojadizo, interdicto por la propia obra de manifestarse. La obra de Pedro Lemebel rebasa con creces esta clasificación. Sus crónicas urbanas condensan en sus páginas, lo que Park (1973) definió como región moral de la metrópoli, múltiples poblaciones unidas por su marginalidad y ceremoniales eróticos instaladas en una base espacial con caracteres demográficos diversos: gays, prostitutas, locas, conscriptos, travestís, transexuales, burgueses, y el poder burlón detrás de cada esquina. Sus relatos construyen una etnografía poética de la circulación del margen chileno, en descarnados actos de exhibición,de exceso, con los que surca, horada pequeños hilos sobre la materia blanda del acontecer diario, al tatuar indeleblemente una máquina deseante sobre el "puro Chile tu cielo azulado". Frente a nuestros ojos la ciudad se transforma en el territorio de los vertederos, pequeñas áreas de desorganización y excedentes: pensiones, bares, departamentos por horas, cités, parques, cines, boites, esquinas, en las cuales el ocio, la diversión, el placer, el sexo, eso que puede parecer, a primera vista, "las luces de la ciudad", fluyen cartografiando un locus, estableciendo redes de señalización, en las que se yuxtaponen los rasgos de una subcultura al sector socio-económico del cual provienen, como en la última crónica del libro Las amapolas también tiene espinas, cuyo comienzo reza "La ciudad en fin de semanas transforma sus calles en flujos que rebasan la líbido, embriagando los cuerpos jóvenes con el deseo de turno". Este pone en circulación una malla de flujos: fuljos de dinero y deseo, de represión y deseo, de pasión y de muerte,de cuerpos clientes, de "cuerpos servidores", prostituidos (edad, sexo, miseria), reintroduciendo el valor de mercancía que alcanza el cuerpo en las esquinas.
Paradojal resulta la hipervalorización del cuerpo masculino como mercancía. Plazas, ojos, orejas, parques, saunas, bares, discotecas, poblaciones, anos, sirven de soporte para espectacularizar en una filigrama infinita –el texto–, la producción cifrada de Lemebel, el descubrimiento del miedo, el asombro, la sorpresa en los ojos del lector. Un territorio, el de la escritura, que convoca al sujeto del riesgo, de la rabia, al nómade que desecha operar con identidades, que regulen, modelen, disciplinen, y que, finalmente acaben por neutralizarlo.
En Lemebel encontramos el dispositivo del intercambio libidinal refractado en una multitud de códigos proliferantes que prescriben y relacionan universos y sujetos diferentes. No podemos hablar de una retórica exclusivamente homosexual, sino más bien de un "inventario de las fantasías del otro" frente a lo cual el imperativo de la identificación del sujeto es múltiple y fluctuante. El sujeto de la esquina, "la loca", esa categoría peligrosa en la que la identidad del género se ha vuelto inintelegible y que comprende, intrínsecamente diversas sexualidades, no se deriva del sexo –¿cuál?– como tampoco de las prácticas en las que incurren, haciendo peligrar el concepto de existencia de un irreductible "paradigma gay". Este concepto interviene directamente las estructuras del patriarcado haciendo insostenible la ficción de lo natural, lo normal: esto es, el estereotipo del homosexual, blanco, de clase media, acomodado y liberal con lo que se enfatiza el carácter construido del significado de los géneros en nuestra cultura. Con esto su propósito es rechazar la creencia de que hay dos, y sólo dos, (géneros) posibles, fijos y verdaderos (¿verosímiles?)...
Cada crónica es una hiperterritorialización fluyente en la que cada paisaje urbano se transforma en un pasaje, en un movimiento constante y sostenido en el que el macho debe mantener, siempre, su impostura viril, evidenciando la mantención del orden de lo moral: "Por el camino se acercan parejas de la mano que pasan anudando azahares... que fingen no ver el amancebamiento de culebras que se frotan en el pasto" (11), discursos en los que las diversas poblaciones distribuyen y pactan sus itinerarios, al mismo tiempo que demarcan sus zonas de influencias (existencia).
Lemebel se transforma en un oficiante circunstancial del circuito del deseo, a través del cual leemos –vemos los síntomas de descomposición de lo que debiera ser una correcta asunción de la condición homosexual como ocurre en el caso de Sutherland. Entramos en un universo de experimentación, provisorio, en el que no existen los secretos, también hay aquí una diferencia radical con el estilo "de closet" presente en los cuentos de Sutherland - Catedral 1990 - por ejemplo, característico de la mayoría de la producción latinoamericana (*La Guaracha del Macho Camacho*, de Luis Rafael Sánchez o *Paradiso* de José Lezama Lima), en los cuales existen zonas de silencio, opuesta a zonas de prácticas pero que no se rozan, que no osan contactarse ¿contagiarse? Sólo en Lemebel, de entre los autores elegidos para esta reseña, podemos leer la diferenciación policíaca entre "homosexual normal" y "travestís marginales" y su problematización respecto de la aceptación social de los primeros, en desmedro y la condena de los segundos. Luego una demanda del tipo gay/gay burguesa sólo tendría cabida dentro del modelo hegemónico y su realización queda evidenciada en la mayoría de los relatos que componen Angeles Negros.
El contacto y lo que de él decimos es el asunto que vertebra la colección de relatos y poemas de estos tres autores, homoerotizado en Casas y Sutherland, más parece,n el caso del segundo, una copia de signo invertido del canon heterosexual o una declaración de principios pública reguladora "Vamos en una marcha de unas 1000 personas, atrás la coordinadora transexual de Cataluña (pp. 106), mientras que para Casas la consideración de la homosexualidad como una categoría transhistórica revela su adscripción a esa línea teórica que piensa de una manera esencialista la condición homosexual pretendiendo construir una genealogía histórica del homosexual.
Este último autor forma parte de un corpus literario que se ha ido formando en torno a esa tuberculosis decimonónica que es la infección por HIV. Sistematizada por Susan Sontag en *El sida y sus metáforas* y sin admitir romantización alguna los textos sobre el tema se han multiplicado: *Al amigo que no me salvó la vida*, de Hervé Gibert; *Antes que Anochezca*, del cubano Reinaldo Arenas; o la versión fílmica de *Las Noches Salvajes*, de Cyril Collard; en todos ellos más allá de las metaforizaciones que adquiere la enfermedad está presente el deseo de aceptabilidad social de aquellos a quienes la enfermedad infecta, o al menos la necesidad de encontrar una explicación para este mal sueño. Casas

aborda la problemática de una manera similar, aún cuando su apelación al sujeto histórico, "/Sodoma mía, ellos no vieron tu cielo/"; "/los perversos ángeles destruidores de nuestra Sodoma/ resulte, en su enunciación, paradojal sometiéndose al designio divino del castigo y la pérdida del Paraíso, o a la espera angustiosa de la muerte del próximo amante como profilaxis social; estableciendo un puente directo con los lugares previstos por la cultura para controlar este fenómeno, al identificar la enfermedad con la comunidad homosexual.
En el caso de Lemebel la situación es radicalmente distinta, la crónica, género testimonial, le sirve de pretexto apra "extrañar", "dañar" la historia, sobre todo en la tensión terror/goce como en el último relato del libro: "que se chupa el puñal como un pene pidiendo más, "otra vez, papito", la última que me muero, ojeando otro modo de dominación socio-sexual. La revisión de las costumbres eróticas de cierta clase de individuos no es el principal interés de este autor como tampoco establecer filiaciones –políticas en el caso de Sutherland o históricas como Casas.
Nuestro interés ha sido llamar la atención hacia el rígido y alienante sistema de clasificaciones que las culturas fijan y que operan sin reparos diariamente. Por medio de la lectura de los cuerpos textuales de estos tres autores hemos querido examinar la noción de sujeto y su inscripción dentro de cierto tipo de discursos, específicamente el de "una identidad gay", para desestabilizar las relaciones y los significados asociados a ciertas oposiciones mediante las cuales se les atribuye sentido y un orden a ciertas prácticas, así como ver a que poder y qué relaciones de poder mantienen entre ellas.
Para Kate Mc Gowan (1995) la normalización de la homosexualidad como un hecho biológico o como una identidad coherente transhistórica, estable y unitaria revitalizaría su definición por oposición al sujeto heterosexual, de quien sería su contraparte, algo así como "SALI. LUEGO SOY", (porque no soy lo otro), legitimando su presencia tal y cual lo entiende la cultura patriarcal.
En el campo de las redefiniciones es mejor dejar hablar a Lemebel para quien en sus crónicas todo termina en "Una supuesta identidad borracha que trata de sujetarse del soporte frágil de los símbolos"...

Fe de Erratas

Alejandro Kandora

*(Revista Iberoamericana número especial **"Literatura chilena del siglo XX"** dirigido por Oscar Hahn, Universidad de Pitsburgh)*

¿Cuáles son las condiciones a partir de las que un texto es sancionado como una "herramienta indispensable para el estudio de las letras chilenas del siglo XX" y es recomendada su existencia en toda "biblioteca personal o pública"? Es acaso la reunión de "los mejores especialistas en la literatura de nuestro continente" la causa de tan precipitada y descriptiva adhesión? ¿O ella se explica por el carácter monumental que este número especial de la revista Iberoamericana, "dedicado a la literatura chilena del siglo XX" y dirigido por Oscar Hahn, alcanza con sus casi 600 páginas en las que se distribuyen los 57 textos que lo forman? [1].
Pero improductivo resultaría entrar a señalar los aciertos y desaciertos de los distintos textos que componen este volumen a la hora de poner en duda su aporte. De nunca acabar sería también enumerar las graves exclusiones que éste exhibe y los disensos que genera la inclusión de una serie de nombres. De lo que se trataría, más bien, sería de intentar despejar qué sugiere un texto que se autocomprende, imponiéndose una limitación retórica consciente, como "número especial dedicado a la literatura chilena del siglo XX", y en el que resulta más pertinente dedicar páginas al Neruda de las Odas, de Confieso que he Vivido al de "los poemas de amor compartido", según señala el título de la crónica de Jorge Edwards, que al de las Residencias o al de Canto General. Inútil, repito, enfatizar en qué, para más de algún lector –un estudiante californiano en vísperas de su Student Exchange to Chile, por ejemplo– los nombres de Humberto Díaz Casanueva, Manuel Rojas, Carlos de Rokha, Adolfo Couve, Rosamel del Valle, Cristián Huneeus, Diego Maquieira, Eugenia Brito, Mauricio Wacquez, Armando Uribe, y un largo etcétera, serán a lo más, y en el mejor de los casos, un simple significante leído en alguno de los textos. Lo relevante es decir que no son las exclusiones lo que llama la atención al momento de formular un juicio, sino que la carencia de diseño editorial, la inexistencia de propuesta crítica y teórica, la falta de perspectiva historiográfica, la escasa significación que adquieren los autores y los textos abordados en la organización que las expresiones "chilena" y "del siglo XX" les da, es lo que orienta al lector. Así, ¿cuál es la trama de la literatura chilena del siglo XX?, ¿cuál es la visión que de ella nos propone este número?, ¿cuáles son las diferencias, contrastes, desautorizaciones y cruces que este trabajo busca establecer con otros de similar naturaleza, como es el caso de la reciente Historia de la Literatura Chilena de Maximiano Fernández? Ninguna.
"Si le devolvemos a la palabra "peripecia" el sentido que tiene en la perspectiva clásica, podemos hablar en esta nota de las distintas "peripecias" o cambios de fortuna por los que han atravesado los géneros literarios en Chile", declara el editor de la revista en su presentación abriendo un horizonte de expectativas que hace suponer tanto el tratamiento de la crisis de poder simbólico que con ellas ocurren, como el de los supuestos formativos con que operan los textos que marcan estas "peripecias". Pero si la opción editorial se halla en la inclusión de estudios académicos [2] o crónicas sobre determinados autores u obras, y no en la documentación de los contextos que ellas producen y en los que ellas aparecen, lo que podría esperarse es que dichas lecturas sean

Néstor García Canclini

CULTURAS HIBRIDAS

MEXICO -GRIJALBO-1995-

Esta feliz reedición del tan citado "Culturas Híbridas" de Nestor García Canclini incluye como novedad el suplemento de una conversación del autor con tres investigadores de Mexico (R. Mier, M. Piccini y M. Zires) que discuten su proyecto teórico. La conversación retoma algunas de las claves más decisivas del texto como, por ejemplo, la noción de hibridación: mezcla de registros heterogéneos de identidad cultural que conjugan modos -fragmentados y plurales- de pertenencia simbólica y actuación social. Demás está decir que esta nueva definición de "lo latinoamericano" polemiza fuertemente con la visión tradicional de una propiedad-esencia, de la pureza ontológica de un depósito originario de valores inalterables. Hibridación y mestizaje, entonces, como categorías transculturales de la impureza, que arman citas entre lo culto, lo popular y lo masivo: tradiciones locales e imaginarios .massmediáticos, memoria antropológica y desterritorializaciones telecomunicativas. En el libro de García Canclini, lo latinoamericano designa una zona de intersecciones entre materiales culturales en tránsito de identidad por la migración de los distintos repertorios simbólicos ("culturas híbridas") y operaciones de entre-códigos que ocupan transversalmente distintos marcos de identidad cultural para responder al nuevo dato de la deslocalización de centros y periferias ("poderes oblicuos").
Pero la conversación sobre lo híbrido abarca también la cuestión del saber que pretende convertirlo en objeto de estudio. El autor defiende en la conversación las ventajas de una perspectiva transdisciplinaria que "lea" el "texto" social recurriendo a las estrategias interpretativas elaboradas en otros campos de análisis que se ocupan de las tramas significantes: de su materialidad discursiva y figuraciones simbólicas. Aunque reconoce el tamaño de las actuales fisuras epistemológicas entre saber y verdad (la desintegración del metasujeto universal y de sus representaciones centradas, unitarias y coherentes) que afectan también el pensamiento sociológico, Garcia Canclini no quiere renunciar a todas las garantías metodológicas de demostración y verificación del análisis social todavía amarrado a una finalidad científica. Se trataría -para el- de "lograr una interacción entre el conocimiento de las regularidades de lo social y el conocimiento de su diseminación". La conversación del libro introduce la referencia a la desconstrucción filosófico-literaria para hablar de ese "conocimento de la diseminación" que García Canclini pretende incorporar a su reformulación de saberes. Pero mirado desde la desconstrucción filosófico-literaria que citan los interlocutores de García Canclini en la conversación del libro, no es posible que ambos conocimientos hablen el mismo lenguaje, se modulen a través de la misma sintaxis: no es posible que la "diseminación" (fragmentariedad, residualidad) se verbalice como registro de conocimiento sin practicar ella misma -literariamente- la ambiguedad referencial de los nombres, sin dejar que las perversiones metafóricas de lo indefinido afecten la linealidad enseñante del "querer decir" a la que se suscriben generalmente los textos de las ciencias sociales.
Mirado no sólo desde las redes conceptuales sino desde sus texturas linguísticas, el "saber" de la crisis de sistematicidad de las racionalizaciones unívocas debería encontrar "la forma" para que lo todavía incierto o lo no rigurosamente demostrativo hagan notar su diferencia -de estilo- con las fórmulas concluyentes de los saberes metódicos.
La conversación del libro nos lleva entonces a preguntarnos si es compatible un construccionismo del método en las ciencias sociales con el deseo de dejar abiertas ciertas franjas de significación -más erráticas o vagabundas- en las que juegue lo todavía no "disciplinable" por los conocimientos de rigor: lo que escapa a las reglas de calculabilidad del sentido que buscan rellenar todos los intersticios entre los nombres y las cosas con saber útil. Que la conversación de este libro firmado por una de las figuras más destacadas de la teoría cultural latinoamericana nos permita hacernos esta pregunta acompañados de su autor, no es el menor de los méritos de esta reedición. ***Nelly Richard.***

abordadas en función de dar una idea de la literatura chilena del siglo XX y no de esos autores. Es decir, que documenten los juegos de continuidades y de rupturas que una obra establece con la tradición literaria que comienza a constituirse y descontituirse a través de estas "peripecias" para así aportar, en definitiva, lo que un trabajo de esta naturaleza debe tener como propósito: que las obras tengan un nuevo espacio de significación con su inclusión en un entramado de discursos en el que se especulan cercanías y distancias [3]. Así por ejemplo, cuál es la idea de hablar del primer libro de Gonzalo Rojas, *La miseria del hombre* (1948), para proponernos, citando profusamente conceptos jungianos, que "es el testimonio del proceso de individuación o integración de la personalidad mediante la unión de lo consciente y de lo inconsciente". Y nada se nos dice acerca de "las críticas negativas que se hicieron sobre el libro cuando apareció –a pesar de haber ganado el premio de la Sociedad de Escritores de Chile en 1946– (las que) indican que no han sabido leerlo". Pero no, la autora, Lilia Dapaz Strout, tiene cosas más importantes que decir en este "número especial dedicado a la literatura chilena del siglo XX". Concluir, por ejemplo, que "siguiendo los pasos de Milton y Blake, Rojas permite a la voz impersonal del demonio quehable a través de él...". Y si de contrastes, filiaciones y antecedentes de la poesía de Rojas se trata, hay un texto dedicado a esto. "Conjunciones Octavio Paz/Gonzalo Rojas", de Marcelo Coddou, artículo que junto a una recensión a raíz de la reedición del segundo libro de Rojas, *Contra la muerte* (1994, 1993), dan por resuelto qué significa Gonzalo Rojas en la "literatura chilena del siglo XX".

Si la historia del texto, como ha propuesto Karel Kosic y sin necesidad de recurrir a una operación pierremenardesca, es "en cierta forma la historia de su interpretación" por lo que su vida transcurre como una "adquisición de significados", las distintas interpretaciones de él no constituyen más, ni menos, que "formas históricas de su existencia, con respecto as las cuales el propio texto puede diferenciarse y de las cuales no depende". Lo anterior es cierto pero habría que agregar que estas interpretaciones no pueden ser marginadas a la hora de leer el texto ya que son ellas las que han datado y acotado los sentidos que la propia obra contiene, por los que son ellas también las que aportan los pliegues por los que ella escurre; son esas lecturas o múltiples adquisiciones de sentidos, las que de cierta forma marcan la renuencia del texto a dejarse neutralizar por los análisis que de él realizan los lenguajes dominantes –ideológicos– para su inclusión en una estructura simbólica de poder y de hegemonía; son estas formas históricas de la existencia del texto, incluso, las que contienen los ejes de dislocación de las tramas y tradiciones en que éste ha sido incluido. Pero todo texto sobre texto [4] es también un discurso histórico en el que la situación en que se realiza el análisis forma también su contenido. Así se desprende del artículo de Patricio Lizama sobre Juan Emar en el que tanto la reflexión sobre Emar como su producción son perspctivas a través de una cita que bien podría servir como epígrafe para una crítica a esta revista: "La recuperación de los años veinte y treinta en América Latina para Schwartz, el estudio detallado de los contextos culturales específicos y de las consecuencias históricas de cada uno de los movimientos" ".

Pero en este número la existencia de una literatura chilena del siglo XX es de suyo natural, es un hecho y no una discursividad sobre un eje semántico organizador, no es la instalación de un conflicto ni la conflictuación de un espacio que, como todo espacio, define políticamente sus límites. Es así como el que un nombre sea marginado o que una discusión no sea abordada ni vislumbrada es lisa y llanamente, y perogrullo es decirlo, que esos sentidos posibles queden fuera de cuestión, es no asignar un lugar al individuo o a las obras que difieren de la visión prevaleciente ni siquiera en una dimensión de nostalgia canónica. Así es como tampoco se abordan escrituras cuyos aportes están aún por discutirse. Y no nos referimos a la llamada "nueva narrativa" sino a escrituras que introducen en distintos períodos modificaciones importantes en la reflexión sobre lo representado y a la posibilidad de constituirse como hablante. Prácticas literarias en pleno desarrollo, como la de Mauricio Wacquez, o truncas, como la de Cristián Huneeus, que desbordan y dislocan los conceptos en los que han sido inscritas. Esta carencia puede hacerse extensiva al tratamiento de la significación literaria que tiene el hecho de que una generación haya pasado abruptamente de ser conocida como emergente a llamarse diezmada. ¿Es suficiente la declaración del editor cuando dice que a través de esta segunda peripecia "dentro o fuera de Chile, los escritores establecidos y los que estaban en gestación reorientan su proyecto literario, movidos por la situación traumática en la que se encuentran"?

La reproducción de las supuestas esencias culturales con que todo discurso canónico se articula, esencias que el propio canon se encarga de crear y mantener, se halla en la base del diseño editorial que no resiste el organizarse en nombres, y mejor aún si éstos corresponden a los de "estrellas de magnitud mundial", como coloquialmente designa el editor a los tres poetas que constituyen la primera "peripecia" de la literatura chilena: Huidobro, Neruda, Mistral. Ya desde el propio índice, el número deja ver que ninguna audacia puede esperarse de él. Este está formado por: I. Poesía; II. Narrativa; III. Teatro; IV. Otras escrituras; VII. Reseñas (ésta es antecedida por dos secciones que no guardan relación con el tema). Pero los límites y contenidos de cada uno de los géneros son preservados a fuerza de que se produzcan situaciones tan absurdas como que Lihn sea tratado indistintamente como poeta y como narrador, sin que nada se diga de su actividad teatral (de paso, el teatro chileno del siglo XX, según esta revista, sólo ha aportado los nombres de Vodanovic, de la Parra y de los vinculados a los grupos de los 80) o de su producción de happenings. Pero en ninguno de estos dos artículos se nos dice algo sobre la importancia de la poesía situacional en el contexto de la poesía chilena, la relación de ella con el hablante residenciario o el de la antipoesía, sino que su voz es vinculada a los de Góngora y de C. G. Belli.

Así vistos ciertos tópicos sobre esta revista, y retomando la pregunta inicial, qué se puede concluir sobre la motivación editorial, o más bien la falta de ella, con que se articula esta revista. ¿Se podrá hablar de ritualización de las lecturas al eludir su concepción la zonas y temáticas más problemáticas, y actuales, de la literatura chilena? ¿Es apropiado el calificativo de políticamente correcto o políticamente dudoso cuando en ella no hay un planteamiento editorial que permita la organización de sus criterios de selección, inexistencia que hace sospechar que el único eje organizador es el azar? ¿O definitivamente lo que se puede concluir que ella es expresión de negligencia académica?

P.S.: Sin tocar ha quedado el problema de los méritos de los artículos que componen este número. Lo cierto es que lo señalado sobre el carácter editorial de la revista no se hace extensivo a todos los textos. Así, por ejemplo, los textos de Castellano Girón sobre la Antología del verdadero cuento chileno de M. Serrano; de J. Promis sobre los distintos períodos de la narrativa chilena; de P. Lizama sobre Juan Emar; de F. Schopf sobre Parra; de J. Campos sobre la poesía chilena actual; de P. Lastra sobre Anguita; de O'Hara sobre Teillier; o de J. A. Eppe sobre la literatura testimonial, pueden resultar ejemplares respecto del modo en que se ha sugerido debería haberse articulado esta revista para dar visiones panorámicas, pero no por ello generales, de la literatura chilena del siglo XX. Pero el que ellos den estas visiones en las que sitúan los objetos de los que hablan en torno a las expresiones "literatura chilena" y "del siglo XX" no da por sentado que sus interpretaciones y propuestas sean absolutamente válidas o pertinentes. El juicio sobre los méritos de estos artículos deberá ser abordado no en el contexto de esta revista ya que en él destacan por la característica señalada, sino que en un lugar en el que se trate a los autores individualmente. Si habría que anotar un logro de la revista es el haber conseguido imponer que la lectura de los textos que en ella destacan sea emprendida de la misma forma en que en ella se presentan los autores seleccionados: individualmente y dejando de lado "los enlaces polifónicos", como los llamaba Guattari, que se producen al interior de toda red.

NOTAS

1. Las citas corresponden a la reseña de Juan Luis Costa, "Revistas Iberoamericana", en Revista de Libros núm. 326, diario El Mercurio, 6 de agosto de 1995, pp. 8.

2. Artículos que bien pueden tener como base para la concreción de sus propósitos datos del tipo de "El espejo de agua es un poema de metro irregular, dispuesto en cuatro dísticos y un terceto de versos de 10, 11, 12 y 13 sílabas y rima parcial, -o-e en los versos 1 y 3, -a-o en los versos pares, 2, 4, 8, salvo en el segundo dístico y en el terceto final en donde el primer verso, el verso 9, rima en -a-o con aquéllos, los versos 5 y 6 van pareados con rima parcial -a-a, y lo mismo, con otra rima, -e-o, los versos 10 y 11, es decir, ABABCC, BBBDD", como planeta Cedemil Goic en uno de los dos textos dedicados a Huidobro.

3. Es extremado este sentido que Claudio Magris ha anotado a partir de la obra de R. Walser y Musil que "quizás hoy más que nunca la historicidad, la función real de la literatura, se mide según las fechas de lectura de los libros más que según

las de su redacción. Los libros de nuestro presente son hoy los que nosotros leemos, en este presente nuestro, y no los que ahora se están escribiendo. La historia literaria de estos años se halla marcada ante todo por los libros que han sido redescubiertos y recuperados a modo de voces que responden a nuestras preguntas". "La nueva inocencia", en El anillo de Clarisse (Tradición y nihilismo en la literatura moderna), Barcelona, Ediciones Península, 1993, pp. 430.

4. La expresión no remite, al menos intencionalmente, a uno de los libros del editor de la revista, *Texto sobre Texto* (1984).

Marx, en inminencia y urgencia[1]

Idelber Avelar

("Spectres de Marx", Jacques Derrida, Paris, Galilée, 1993)

Sabrosa y siniestra ironía, la que hace que Marx, el pensador moderno más obsesionado con fantasmas y espectros, sea a la vez aquél cuya figura se presenta hoy de manera más estrechamente determinada por la estructura de la espectralidad. He ahí el punto de partida del libro de Derrida: Marx, la firma Marx, ahora más que nunca, no puede sino accionar una proliferación infernal de apariciones, recuerdos de una experiencia que, de acuerdo al coro triunfante del neoliberalismo, estaría definitivamente enterrada. El tema del espectro se desdobla, por tanto, en dos planes interrelacionados, correspondiendo a las dos posibilidades del genitivo del título; leído como genitivo objetivo, remite al rol central que asume la espectrología a lo largo de la obra de Marx, del célebre «un espectro ronda Europa1,, apertura del Manifiesto comunista, al baile de las mesas voladoras, invocado en el primer capítulo del Capital para explicar el carácter místico de la mercancía, pasando, claro, por los fantasmas que pueblan los ataques a Stirner en *La ideología alemana*. El mismo Derrida ya ha demostrado que la metáfora nunca es un tranquilo recurso de ejemplificación, exterior a la inmanencia del problema filosófico al que remite, y en otro contexto sustituible por una notación supuestamente más directa y denotativa. Especialmente en Marx, donde el ejemplo invariablemente «parece surgir, él, *de sí mismo*, y levantarse sobre sus propias patas; el ejemplo de una aparición» (238). El espectro atravesaría entonces todo el campo de la problemática marxiana: sin él, no hay teoría del fetichismo de la mercancía, ni teoría de la ideología, ni siquiera teoría de la revolución.

Por otro lado, leído como genitivo subjetivo, el título de Derrida remite a la condición eminentemente espectral de la firma Marx en nuestro presente, que es el de la derrota. Marx en tanto espectro. Si bien la caída de las burocracias estalinistas del este europeo trajo un poco de aire fresco a la práctica de millones de obreros e intelectuales que contra ellas luchaban bajo condiciones durísimas, la hegemonía sobre dichas postdictaduras, a ejemplo de lo que ocurre en América Latina, es la del mercado en su momento telemático, es decir, planetario, inescapable, sin afuera. El significante Marx pasa a designar un pasado que se intenta conjurar: no tanto el pasado de los estados estalinistas, o de los 'héroes del proletariado' momificados y hechos estatuas en Moscú (estos pueden disfrutar una larga e inofensiva sobrevida como objetos de bienpensantes investigaciones académicas o aventurescas series televisivas) , sino todo lo que, en la tradición marxista, es inseparable de una promesa que no espera, que anuncia y reclama una revolución imposible, tanto más urgente e inminente cuanto más imposible. Lo que la actual conjuración massmediático-neoliberal del fantasma Marx trata de exorcizar, es su potencial mesiánico.

De ahí que Derrida dedique buena parte del segundo capítulo del libro («Conjurar el marxismo») a una cuidadosa deconstrucción de la doxa neoliberal personificada por Fukuyama y su tesis ya hartamente propagandeada, por lo que me excuso de exponerla aquí sobre «el fin de la historia»: «un nuevo evangelio, el más ruidoso, el más mediático, el más '*successful*'[2] acerca del tema de la muerte del marxismo como fin de la historia» (98). Si de fines se trata, insiste Derrida, hay que recordar el hecho conocido por cualquier estudiante de filosofía, y cuya ignorancia constituye la condición de posibilidad de la obra de Fukuyama: la práctica filosófica moderna, por lo menos desde Hegel y, lo sabe Derrida, la literaria desde Mallarmé , nunca ha sido otra cosa que la puesta en escena de su propio fin, la reflexión sobre su propio fin. El profeta de la 'buena nueva» (expresión con la que Fukuyama neoevangelicamente designa la «victoria definitiva del capitalismo y de la democracia liberal») ha llegado atrasado para el fin: «los temas escatológicos del 'fin de la historia', 'fin del marxismo', 'fin de la filosofía', 'fines del hombre' o del 'último hombre', etc. eran, ya en los años 50, cuarenta años atrás, nuestro pan cotidiano» (37). Desde luego, sólo de la raquítica tradición (?) filosófica norteamericana podría salir una versión de Kojève quien, tiene razón Derrida, «merecía mejor suerte») anunciando la América de la postguerra como «encarnación del estado del reconocimiento universal de Hegel.» Sin embargo, a Derrida le interesa Fukuyama, no por lo que dice, sino en la medida en que «es dicho», es hablado por la muerte del marxismo que pregonea. Por cuanto y aquí radica la originalidad de la lectura derridiana se identifica ahí, como en toda conjuración, un gesto preocupado, que sufre el asedio de los fantasmas que intenta conjurar. La forma constativa que asegura la muerte del objeto enmascara su carácter de un exorcismo (regido, por lo tanto, por el performativo más que por el constativo) que trata de infringirla. Esta retórica asume «la forma maníaca, jubilatoria, encantatoria que

Richard Rorty

CONTINGENCIA, IRONIA Y SOLIDARIDAD

EDITORIAL PAIDOS. BARCELONA 1991 (Primera edición).

El libro desarrolla la posibilidad actual de una utopía liberal asumiendo críticamente, por una parte, la imposibilidad de fundar la convivencia humana en cualquier forma de "naturaleza intrínseca" del mundo o del hombre y, por otra, asumiendo que la solidaridad es el valor liberal que sobrevive problemáticamente al fin de los esencialismos.

El itinerario que sigue la sociedad contemporánea hasta la actualidad, describe un reconocimiento progresivo de la historicidad y contingencia de las formas de la convivencia humana. Autores como Nietzsche, William James, Freud, Proust y Wittgenstein se inscriben decisivamente en ese itinerario, curándonos de "nuestra profunda necesidad metafísica". Tal reconocimiento es la principal virtud de los miembros de una sociedad liberal.

Sumido en el plano de la contingencia y del azar, el individuo se orienta, teórica y moralmente, desde lo que Rorty denomina su "léxico básico" (un conjunto de palabras que emplea para justificar sus acciones, sus creencias y sus vidas). Pero, careciendo el mundo de un lenguaje propio ("el mundo no habla"), es necesario renunciar a la idea de un léxico único. Según Rorty, la necesidad histórica de un léxico último y fundamental se ha debido al malentendido de querer reducir la diferencia entre lo público y privado, como posibilidad de fundamentar la sociedad liberal y solidaria. Se ha creído, pues, que más allá de la contingencia histórica de los léxicos, debía existir un "juego de lenguaje" propio de la naturaleza humana, de tal modo que ésta operaría como un tribunal metahistórico sobre la sociedad y los individuos que en ella viven.

Rorty desarrolla una relectura de la diferencia entre lo público y lo privado, recurriendo a la figura del "ironista". Todo individuo es "iniciado" en la sociedad humana mediante un determinado léxico. El ironista, dado el nominalismo y el historicismo que le son propios, es aquél que vive en la sospecha permanente de haber sido iniciado en el juego de lenguaje equivocado. "Le inquieta que el proceso de socialización que le convirtía en ser humano al darle un lenguaje pueda haberle dado el lenguaje equivocado y haberlo convertido con ello en la especie errónea de ser humano".

La utopía liberal es la apuesta de Rorty por un "ironismo universal", y, en eso, por un nuevo modo de realizar y experimentar las relaciones entre los individuos en el contexto de la sociedad. Abandonando toda forma de esencialismo o de fundamentación en criterios últimos de verdad (tarea que históricamente se habría encargado a las ciencias y a la filosofía), viene a ser posible una ampliación de la sensibilidad "sin demostraciones" (una suerte de ampliación sensible de la sensibilidad) y, con ello, una reinterpretación de la solidaridad. En este proceso cultural, encaminado hacia un vínculo entre los hombres que prescinde de la noción de naturaleza humana, las "disciplinas que se especializan en la descripción intensa de lo privado y lo individual" —como la literatura y la etnografía— realizan el trabajo de contruir la solidaridad a partir de pequeñas piezas. En efecto, la solidaridad no se descubre (en la "escencia" del hombre por ejemplo), sino que se construye. Los teóricos ironistas no son, pues, filósofos, sino críticos literarios, sostiene Rorty. A propósito de este punto, desarrolla extensamente aspectos de la obra de Derrida, Nabokov y Orwell.

La crítica a la noción esencialista de la solidaridad humana expuesta por Rorty exige, como uno de los momentos claves del libro, la reelaboración historicista y contextual de la expresión "uno de nosotros" (en donde la localización del "nosotros" no permite identificarlo ya con la humanidad).

"La premisa fundamental del libro —escribe Rorty— es la de que una convicción puede continuar regulando las acciones y seguir siendo considerada como algo por lo cual vale la pena morir, aún entre personas que saben muy bien que lo que ha provocado tal convicción no es nada más profundo que las contingentes circunstancias históricas". ***Sergio Rojas C.***

Freud asignó a la fase dicha triunfante del trabajo del duelo» (90). Fukuyama en tanto síntoma aberrante del duelo por la «muerte» de Marx: en el acto mismo de tratar de cerrar el ataúd, se escapan toda suerte de momias, cuervos, buitres. El espectro, el *revenant*[3], siempre regresa. De hecho, empieza por egresar.

Derrida escoge entonces con cuidado la puerta de entrada a la teorización de lo espectral: el fantasma más ilustre de la literatura occidental, aquél que ronda el podrido reino de Dinamarca, e impone sobre su hijo, el más célebre enlutado literario, el mandato de vengar su muerte, «hacerle justicia.» En *Hamlet*, el tema del espectro se liga indisolublemente al de la justicia por venir, la promesa urgente que no espera. Todo anuncio impaciente de justicia por hacerse deriva de una interpelación espectral ante la cual uno no puede sino responder; no hay imperativo de justicia independiente del trabajo del duelo, y en eso coinciden Shakespeare y Benjamín. Imposibilidad entonces de «distinguir entre el por-venir (l'à-venir) y el regresar [revenir] de un espectro» (69). Hamlet, el heredero, figura prototípica del que asume la herencia, no puede sino estar en luto »uno no hereda jamás sin explicarse con el espectro» (46); pero la herencia y el duelo no serían un mero «ajuste de cuentas con el pasado», sino condiciones mismas de todo por-venir. Este es el origen del desasosiego de Hamlet: la comprensión de que la justicia que urge, la justicia sin la cual el presente seguirá arrastrándose en la insoportable pesadilla de lo eternamente igual, dicha justicia es irreductible a cualquier venganza, castigo, o punición. La tarea impuesta por el espectro es irrealizable. De ahí la bella, intraducible frase de Hamlet, analizada en detalle por Derrida: *time is out of joint*. Tiempo fuera de eje, fuera de encaje, caído, no coincidente consigo mismo; tiempo intempestivo; tiempo que clama por ser redimido, pero que excede toda redención.

La lectura de Hamlet aquí reencuentra un viejo tema de Derrida: si el fundamento de toda ley y de todo derecho es la restitución (punición, retribución, compensación, castigo, etc., toda jurisprudencia, en última instancia, parasitaria de una lógica económica), «¿no puede uno aspirar a una justicia que un día, un día que, ya no perteneciendo a la historia, un día casi mesiánico, sería en fin sustraído a la fatalidad de la venganza?» (47).

Derrida entonces retorna a la reflexión en la que Heidegger trata de arrancar el concepto de justicia de la lógica económica de la restitución, «de aquéllos que igualan lo justo (*das Gerechte*) a lo vengado (*das Gerächte*).» En el *Dicho de Anaximandro*, el olvido de la pregunta por el ser seria coextensiva a dicha ecuación, fundamento mismo de todo derecho y ante el cual toda jurisprudencia debe permanecer ciega, impotente para circunscribir el suelo que la hace posible. Pero si Heidegger traduce la dike de Anaximandro como «justicia» con miras a pensarla como ser en tanto presencia, como la propiedad de lo propio en la junción del acuerdo, la inversión fundamental que opera Derrida consiste en postular el mismo estado *out of joint* (aus den Fugen, en Heidegger) del presente como condición de toda justicia por venir (mantengamos la reserva de que este por-venir no designa un futuro presente, es decir, no apunta para algo que estará presente en el futuro, sino que se anuncia como pura promesa abierta). Traducido en un léxico ligeramente distinto, sólo la radical intempestividad de los despojos pueden dar testimonio de la barbarie del presente, agarrar la mónada de la memoria en su momento de peligro y liberar

Manuel Antonio Garretón

"HACIA UNA NUEVA ERA POLITICA": ESTUDIO SOBRE LAS DEMOCRATIZACIONES

FONDO DE CULTURA ECONOMICA - 1995.

El título del reciente libro de Manuel Antonio Garretón nos convoca a una cita anunciada ya por sus trabajos previos, cita con un presente que se manifiesta en constante transformación. La forma particular de concurrir a este encuentro por parte de Garretón es como abanderado de la Sociología Política. Explícitamente su estudio se aboca a la dimensión política de lo que puede denominarse "democratización" y que señala el proceso más profundo de cambio estructural de las mismas condiciones de posibilidad de la política en sentido clásico en América latina, cuestión que el autor denomina como crisis de la "matriz sociopolítica clásica" y recomposición de una "nueva matriz sociopolítica", vale decir, una nueva forma de articulación y complementariedad entre el Estado, la Sociedad Civil y el sistema representativo - fundamentalmente los partidos políticos. Una característica positiva de este enfoque es que, a pesar de su autolimitación a la esfera puramente política, con la intención cierta de revalorizarla a contrapelo del automatismo despolitizante del gruesamente llamado neoliberalismo, no queda preso en consideraciones absolutamente procedimentales ni "autopoyéticas". El problema de la democratización política va ligado inexorablemente a la profundización de la modernización y la consiguiente democracia social. Aunque corresponde advertir el poco trabajo en torno a estas nociones tan discutidas como la de modernización y, consiguientemente, su uso neutral. Su límite es el límite de sus categorías. Igualmente pertinente es advertir que cuando se realiza un análisis de actualidad, éste debe lograr o escapar a la lógica evanescente de la opinión o renunciar a sus pretensiones académicas. En tal caso, el libro en cuestión, a pesar de su aspiración regional, sólo logra un trabajo contundente en la descripción y comentario del "caso chileno". Ello atenta contra la intención del mismo autor que repara en gruesas similitudes y generalizaciones a partir de las "transiciones" latinoamericanas para fundamentar lo que podría llamarse "una nueva era política", logrando un valioso comentario sobre el proceso chileno avalado en una teoría de alcance medio: "teoría de la democratización" que se orienta a la reconfiguración de una especie de paradigma-abierto desde el cual interpretar esta transformación regional, desechando de paso los esencialismos y determinismos estructurales que caracterizaron la discusión en los sesentas. En rigor, el trabajo de Garretón no alcanza a fundamentar su título: "Hacia una Nueva Era Política", a menos claro está, que el análisis del caso chileno quede bien fundamentado como "tipo ideal" de transición y recomposición de la matriz sociopolítica para la región, cuestión que no ocurre.

Garretón presenta una serie de precisiones conceptuales que permiten entender cómo la transición no es paralela sino previa a un gobierno que es ya democrático aunque sea a nivel de sus instituciones. Y a partir de ésto juzga la práctica del primer gobierno de la Concertación como una práctica carente de estrategias globales de negociación con la oposición, cuestión que retarda la profundización de la democracia y mantiene los enclaves autoritarios, produciendo la paradoja histórica de convivir con una institucionalidad democrática y un régimen autoritario. En tal caso, la transición terminó antes de lo previsto, pero lo que no acaba es el autoritarismo que sigue presente en la imposibilidad de profundizar la democracia y la modernización. Sin embargo, esta transición se hizo posible por una rearticulación de la oposición a y durante la dictadura que suprimió, en el momento de convertirse de espacio oponente a sujeto opositor, las tradicionales polarizaciones ideológicas que caracterizan la historia política de este país. El quiebre institucional del año 1973 fue más una crisis global de legitimación del sistema democrático que una conspiración militar.

Curiosamente, esta caracterización, compartida por la historiografía conservadora de la "nación", pone el acento en la sobreideologización y las fallas internas del formato democrático, evitando la pregunta por el conflicto y reemplazándola por la pregunta por el orden (metamorfosis característica de la sociología chilena). Además se analiza la transición de manera técnica y adscrita unilateralmente a la esfera de lo político-partidario: la década de los ochentas no fue sólo una década perdida en la economía de la región (Cepal), sino a la vez una década de aprendizaje político que hoy nos deja frente a la "Gran Oportunidad".

De forma clara, en Garretón, no hay una consideración muy profunda de lo social y su repercusión en lo político, es decir, no logra trascender el "conductismo político" con el que caracteriza la suspensión de la política ocurrida en las décadas pasadas como período de aprendizaje necesario. A pesar de ello, el autor no cae en la fácil caracterización de lo social que se ha dado en llamar "teoría de la despolitización" o de la "anomía".

El eje de su análisis está constituido por la posibilidad de recomponer una nueva matriz sociopolítica mediante esta recomposición con el aprendizaje obtenido en el período de disolución de la matriz clásica. Para tal efecto, termina sacrificando el texto a un tono escritural que se mueve entre diagnóstico por dimensiones del problema y recomendaciones. Ocupando el Estado un papel central, aunque no clásico, Garretón tampoco cae en el facilismo de confundir Modernización del Estado con Reducción y primacía del mercado: no es lo mismo desregulación, desmonopolización, que descentralización. Todo ello se justifica igualmente si partimos del hecho, asumido por el propio Garretón, que la Revolución ha quedado suspendida y/o suprimida por la cuestión de la Democracia. El punto ya no puede ser entonces: Abolición o Extinción del Estado. Aún así, el estudio muestra una multiplicidad de matices conceptualmente bien expresados que permiten finas distinciones, muy relevantes académica y políticamente. Quizá un punto a discutir está relacionado con la generalidad de las categorías que la Sociología Política utiliza, todas ellas circulando más en la pregunta por la gobernabilidad que en la pregunta, más crítica, por la "gubernamentalidad". Esta generalidad es la que produce, muchas veces, la lamentable confusión entre Sociología Política y sociología para políticos. Confusión, por otra parte, que desde fuera de las ciencias sociales es inútil resolver. ***Sergio Villalobos-Ruminott.***

la energía mesiánica del tiempo-ahora. Y es en la urgencia de este llamado irreductible a todo cálculo que Heidegger y Hamlet, la teoría de la justicia, la teoría del duelo y de la herencia, no pueden sino topar con Marx. Si todo el trabajo anterior de Derrida había señalado, en el suelo mismo de todas las formas del subjectum moderno (del cogito cartesiano al ego trascendental de Husserl y más allá), una marca escritural, una traza que no se dejaría pensar como presencia y que pondría en crisis toda pretensión de dicho subjectum de identidad consigo mismo, la reflexión acerca de lo espectral viene a nombrar todo aquello que, en Marx, nunca se presta a ninguna reducción fenomenológica. Anterioridad fundacional, irreductible, del revenant y, por ende, del trabajo del duelo respecto a toda estructura identitaria del cogito: cuando uno dice «soy», ya presupone una deuda –impagable– con cadáveres que no cesan de regresar. *La ideología alemana* no sería sino una larga novela acerca de dicho regreso: mientras Stirner trata de eliminar los fantasmas del idealismo (la idea, el espíritu, Dios, etc.) reduciéndolos a un ego que se autoinstaura, Marx opera la inversión indispensable: ese yo, ese ego, es el fantasma de los fantasmas! La lectura de Derrida arma entonces un doble gesto: apunta la conciencia de Marx acerca de la contaminación de toda presencia, de toda realidad, por el espectro, pero, a la vez, interroga su creencia en la separabilidad final de los dos, la duplicidad del gesto delineando la diferencia entre práctica crítica y práctica deconstructiva. El juego entre las palabras espíritu (Geist) y espectro (Gespenst) en Marx seña la instancia más prominente de dicha oscilación: el espíritu verdadero de la revolución, su flama inapagable, tendría su contrapartida ilusoria y distorsionada en los espectros del comunismo que «rondan Europa» y que las Santas Alianzas conservadoras tratarían de conjurar. El baile de máscaras del Manifiesto ofrece testimonio de una cierta dramaturgia de la Europa moderna, en la que se invoca y exorciza obsesivamente el espectro del comunismo el cual, como todo espectro, está sin estar, existe sin existir, eludiendo la oposición metafísica entre presencia y ausencia; hablar de espectros es hablar de lo que uno piensa que ve, cuando lo que ocurre es siempre lo inverso. El espectro ve a uno sin dejarse ver, lo que Derrida denomina efecto visor. «El espectro, como su nombre indica, es la frecuencia de una cierta visibilidad» (165). El objetivo explícito del Manifiesto seria entonces abrir el espacio para que este espectro hable por sí mismo, más allá de las conjuraciones, y pueda anunciar el día en que se volverá realidad viva, pura presencia. Este día mesiánico, atópico, día de la abolición de las clases, representaría también el fin de lo político en cuanto tal. Conclusión inquietante: si la desaparición de lo político y la disolución del estado sólo serán posibles, por definición, cuando el espectro se actualize como realidad y por tanto deje de ser espectro , entonces «hay una razón más para pensar que la esencia de lo político tendrá siempre la figura inesencial, la inesesencia misma de un fantasma» (167). La lectura derridiana del *Dieciocho Brumario* se centra en la relación entre espectrología, repetición histórica, y teoría del duelo. Marx empieza, una vez más, con la invocación de los fantasmas del pasado: «la revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del futuro . . . Las revoluciones anteriores tenían necesidad de reminiscencias históricas para disimular su propio contenido a si mismas. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren sus muertos.» El imperativo aquí, en las palabras de otro incendiario del mismo siglo, es el de un olvido activo. Es decir, no un olvido ignorante, satisfecho narcísicamente en la inmediatez del presente, sino un olvido que ha incorporado el pasado, que ha recuperado el «espíritu» de las revoluciones anteriores espíritu que Marx quiere distinguir rigurosamente de su mero «espectro», o sea, de su mera repetición farsesca, paródica, en la cual «la fraseología excede el contenido.» En una verdadera revolución, argumenta Marx, el contenido siempre excede la fraseología. Es decir, sólo un olvido que ha realizado el trabajo del duelo puede separar exitosamente el espíritu de las revoluciones del pasado de sus fantasmas, de sus espectros. Pero aquí Derrida nos recuerda de que Marx sabe mejor que nadie que el trabajo del duelo es interminable; que los muertos nunca entierran a nadie (lo cual no quiere decir que los vivos lo hagan, por cierto). Marx lo reconoce en varios otros pasajes del *Dieciocho Brumario*, por ejemplo cuando evoca la inevitabilidad de que la carga de las generaciones pasadas «pese como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos.» Si el despliegue histórico del espíritu se encuentra ya desde siempre contaminado por el espectro, si el entierro de los muertos será siempre una tarea inacabada, entonces la teoría de la revolución enfrenta un dilema irresolvible. Habría un núcleo de indecidibilidad en el corazón mismo de la teoría de la revolución. La diseminación léxica al interior del texto marxiano, no sería sino un índice más de eso: así como *espíritu, esprit* y *spirit, Geist* también puede significar espectro,

Elizabeth Wurtzel

NACION PROZAC

EDICIONES B, GRUPO Z, 1995, BARCELONA

"Llevo menos de un mes sin tomar litio y ya estoy como una cabra. Empiezo a preguntarme si no seré una de esas personas como Anne Sexton o Sylvia Plath, que están mucho mejor muertas, que pueden vivir de una manera mínima, elemental, durante un determinado número de años, crear un legado artístico más o menos digno, que pueden incluso ser bellas y encantadoras en algunos momentos, tal como fueron las dos. Pero al final no hubo nada realmente bueno y suficiente, nada comparable al dolor lacerante y resistente a todo, a su dolor suicida".

Así comienza el testimonio desgarrador y descarnado de Elizabeth Wurtzel, la autora y narradora de esta novela de Ediciones B, 1995. En su más de 300 páginas Elizabeth nos interna en su sufrimiento, en su vida en constante estado de emergencia, en una existencia que se hace una y otra vez añicos. Ella es una joven norteamericana de los 90, talentosa, culta pero que sufre una depresión atípica. En su relato autobiográfico entreteje sus recuerdos de vida bajo el prisma de su afección; junto con referencias a bandas de rocks, películas de cine, autores latinoamericanos y europeos de nuestra época. Es así como en su cronología vital hace referencia a una infancia marcada por dramas familiares, unos padres mal avenidos que terminan divorciándose; una relación de amor-odio con los progenitores, con una madre simbiótica y un padre semi-ausente. Una infancia difícil, pero con los campamentos de verano y el colegio de una chica normal. Luego, una adolescencia con drogas, alcohol, amoríos y sexo insatisfactorio. Para terminar en la universidad de Harvard, con una serie de crisis fuera de casa. Todos estos momentos atravesados por distintas psicoterapias, crisis depresivas, ingestión de fármacos que no logran liberar a Elizabeth de su condena interna.

Con una narración honesta, intensa, innecesariamente extensa; construida con la óptica particular con la que protagonista mira la realidad, y que simultáneamente destruye todas sus relaciones amorosas, de amistad, familiares; se van revelando los pensamientos y las decisiones erráticas y lábiles de alguien para el cual la vida no es más que una larga distracción de lo inevitable. En este relato testimonial-periodístico, la seducción del texto descansa en una sensibilidad capaz de recrear escenas aparentemente comunes y corrientes, pero cargadas de simbolismos. Esos recuerdos particulares y a la vez universales, que operan como guiños cómplices para con el lector. Al final de la novela, cuando ella es una joven de unos veinticinco años, y después de clínicas psiquiátricas, pastillas, crisis depresivas, intentos de suicidio; se vislumbra una esperanza con una nueva droga llamada Prozac. Este fármaco experimental comienza a devolverle una incipiente placidez por vivir, pero incluso esta transición a la normalidad no es fácil. Elizabeth siente cierta nostalgia y necesidad por su depresión, porque después de todo es lo único que le pertenece.

Resultan interesantes los fragmentos que ahondan en la enfermedad. En relación al juicio de ésta, dice que no se la ve venir, que se instala de pronto, cuando "uno piensa que es algo relacionado con el hecho de cumplir ocho, doce, quince años, hasta que un buen día comprendes que toda tu vida es un absurdo, algo que no merece la pena vivir". Y luego está ahí, eso conocido como depresión y que no es definible en términos concretos de ninguna forma, "¿era más grande que una caja de galletas?, ¿más pequeño que un armario?, ¿era animal, vegetal o mineral?". Afectada además por el abandono de su padre y de su gran amor, articulará en torno a la fuga de estos seres la ansiedad por la imposibilidad de tener a alguien siempre y por entero, que sea capaz de colmar el hueco abierto en ella que se ha llenado sólo de depresión. Será esa avidez que, a nivel de la fantasía es el deseo de matar al amante, comérselo y aspirar sus cenizas como única forma de poseer a otro; lo que aniquilará en ella toda posibilidad de construcción de vida.

Elizabeth en uno de sus episodios límites se mira en los otros, y se pregunta si todas las enfermeras que vienen de puntillas a traerle comida, a cambiar las sábanas, a recordarle que se duche se han percatado de que sólo es la suma total de su dolor, de su herida abierta y tan lacerante que podría ser terminal. Pero este relato autobiográfico va más allá, alcanza a esbozar la radiografía de una sociedad enfermiza, de una generación angustiada. Sin embargo, a esta novela le faltó ser escrita con depresión y no sobre la depresión. Es necesario trascender la anécdota, la historia de los hechos, codificar el dolor en su propio lenguaje y lograr que la patología se vuelva escritura. ***Andréa Jeftanovic***

fantasma, aparición, y la teoría de la revolución dependería, en el último análisis, de un control estricto sobre efectos retóricos incontrolables.
El último capítulo recompone el trayecto de la cadena del fetiche, del secreto, de lo místico y de lo sobrenatural como ejes de la teoría de la mercancía en *El Capital* y en los *Gundrisse*. El punto de partida aquí es la definición fantasmagórica de la mercancía como «cosa sensiblemente suprasensible» oxímoron con el cual Marx enmarca la crisis de la posibilidad de cualquier fenomenología (fin de todo valor de uso, es lo mismo): todo buen sentido fenomenológico, toda visibilidad del objeto serían parasitarios de la niebla metafísica y teológica propia a la mercancía. La crítica a la economía política se transforma en implosión de todo suelo fenomenológico, insistencia en el hecho de que ahí donde la economía política ve empirie pura, coisidad *(Dinglichkeit)*, sólo hay apariciones y por ello la teoría del valor se desdobla en teoría del fetichismo ya en el primer capitulo del Capital. Sería necesario revisitar, Derrida lo hace brevemente, la imagen marxiana de los miembros fantasmagóricos, protéticos, que para cualquier fenomenología de la percepción no habrán sido nunca simples metáforas o ejemplos descartables. Más allá de lo que anuncia y deja en abierto para una futura lectura, la interpretación derridiana del devenir-autómata de la mercancía en Marx tiene un mérito especial: señala la irreducibilidad de la estructura retórica dramatúrgica, teatral, en la teoría del valor de cambio, es decir, en el baile autonomizado, espectralmente autónomo, de la mercancía en el escenario-mercado. Se trata aquí de una lectura del teatro del *valor de cambio*, es decir, del momento del *Capital* (1. 1.4) donde Marx «demuestra que el carácter místico de la mercancía no debe nada a un valor de uso» (237). Si la definición marxiana de fetichismo («relaciones entre seres humanos que toman la forma de relaciones entre cosas») subraya precisamente el no reconocimiento del sujeto en el producto de su trabajo, el devenir-fantasma de la mercancía incluiría también su productor. «Como se reconoce un fantasma? Por el hecho de que él no se reconoce en un espejo» (248). Vueltos fantasmas, a los productores no les quedaría nada sino una relación fetichista, religiosa, con la mercancía.
Conclusión atinada de Derrida: la religión, para Marx, nunca fue una ideología entre otras; habría una irreducibilidad fundamental de la religión como modelo de cualquier ideología, lo cual seguramente nos ofrece algo que pensar acerca de la omnipresencia de la retórica religiosa en nuestro presente.
Espectros de Marx es el más benjaminiano de los libros de Derrida. No por las referencias directas a Benjamín, que de hecho no suman más que dos o tres a lo largo del texto. Lo benjaminiano ahí adviene de un cierto tono, una cierta música, una cierta escena, estructurante respecto a los problemas con los que se lidia, y sin el cual las proposiciones sobre la herencia, el duelo, el espectro, etc. , aunque enunciando el mismo «contenido», tendrían un carácter radicalmente distinto, infinitamente menos inquietante y perturbador. ¿Cómo nombrar este tono? Llamémoslo «urgencia mesiánica», una invocación al presente que se moldea en la experiencia de una espera que no puede determinar su objeto, no puede definirlo, puesto que si dejara de hesitar, si suspendiera la indecidibilidad, ya no sería mesiánica. Lo mesiánico, según Jameson, seria aquella «variedad única de la especie esperanza . . . que solamente florece en un tiempo de absoluta desesperanza.»4 Hesitante, indecidible, pero absolutamente necesaria y urgente: pertinencia de la observación de Derrida, de que Blanchot fue el primero a insistir que la revolución en Marx, más que una necesidad final, se anuncia como pura *inminencia*. Más que aportar un sentido, se trata de ofrecer un llamado violento, una demanda excesiva. El Marx cientista jamás dispensó los servicios del Marx profeta, shamán, brujo. Marx, también él, filósofo del martillo.
Queda una palabra por decir sobre el impacto del libro de Derrida en el debate teórico y filosófico contemporáneo. Ahora, menos que nunca, se sostienen, a no ser como denegación histérica, los viejos ataques al carácter supuestamente «apolítico» o «formalista» de la deconstrucción. Pero tampoco parecen sostenibles, después de *Espectros de Marx*, ciertas lecturas festivas y ufanas de Derrida hechas por sus «discípulos» (ninguna verdad, ningún origen, la diseminación como felicidad total). Siempre he encontrado estas dos lecturas rigurosamente complementarias y cómplices entre sí. En América Latina creo que hemos padecido más agudamente de la primera, por los restos de la antigua hegemonía estalinista, combinados con un populismo profundamente antiteórico y bélicas defensas de nuestra pureza. En Estados Unidos, donde la deconstrucción ha tenido más impacto que cualquier otra corriente de pensamiento europea de este siglo, su institucionalización ha conllevado algunas concesiones a una euforia despolitizada, en un ambiente todavía marcado por una gran aversión a la reflexión especulativa. Si hay marxistas que han reaccionado al libro con un mixto de resentimiento y terror[5], la larga reflexión que dedica Jameson a *Espectros de Marx* sirve como testimonio de la posibilidad de cruces futuros entre el mejor y más inventivo marxismo y la más vigilante práctica deconstructiva: fertilización mutua en la guerrilla antiidealista, de tal forma que el imperativo de la praxis material ya no funcione como excusa para ignorar la historia de los conceptos, del lenguaje y de sus limites, y la necesidad imperiosa de reinventar la utopía no nos traiga de vuelta a ningún teleologismo reconfortante, no nos impida reconocer la extensión de la catástrofe, de esta barbarie que es la nuestra.

Notas

1 Interlocución a lo largo de la elaboración de éste y otros textos, imposibilidad de determinar la propiedad sobre la escritura, colapso, en fin, de toda restitución: amistad de Willy Thayer.

2 En inglés en el original.

3 Imperativo de mantener en francés esta bella palabra, fundamental a lo largo del libro de Derrida: revenant (fantasma), significa, literalmente, el que regresa (revenir). Vínculo irreductible, entonces, entre ley de la iterabilidad y estructura espectrológica.

4 «Marx's Purloined Letter.» New Len Review No 209, t995, p. 106. Sin duda uno de los textos centrales del último Jameson, esta extensa discusión del libro de Derrida, además de redimensionar la figura de Benjamín para la contemporaneidad, tiene el mérito de instalar el problema de las relaciones entre materialismo y deconstrucción. Más que por alguna «síntesis» (como los abortados freudo-marxismos del pasado), el encuentro con la deconstrucción pasaría por asumir radicalmente la imposibilidad de cualquier « conciencia materialista» (obvio oxímoron) y utilizar todas las armas de la crítica retórico-deconstructiva a servicio de una permanente, incesante guerrilla antiidealista.

5Véase, por ejemplo, la inmensa mala fe de la reseña de Aijaz Ahmad. que ni siquiera se toma el trabajo de diferenciar ¡os textos de Derrida de los de sus epígonos. «Reconciling Derrida; Speeters of Marx and Deconstructive Politics.» New Left Review, No 208, 1994.

Libros recibidos

■ **CAMPANADAS DEL MAR** -**Eduardo Carrasco** - (Santiago-Ediciones B Grupo Zeta- 1995).
Primer ensayo filosófico aplicado a la obra de Pablo Neruda que mezcla un análisis de las memorias en verso del poeta con elementos desprendidos de las conversaciones entre el autor y Neruda.

■ **PREMIOS NOBEL DE LITERATURA 1901-1994** - **Jaime Quezada** - (Santiago- Editorial Universitaria- 1995).
Libro de consulta y referencias útiles que permite un acercamiento documentado a los autores premiados gracias a una reseña biográfica y un breve comentario sobre la obra.

■ **ORLANDO LETELIER: TESTIMONIO Y VINDICACION** - Presentación: **Joan E. Garcés y Saul Landau** - (Madrid-Siglo Veintiuno de España-1995)
Testimonio oral en el que Orlando Letelier entrega su versión de los acontecimientos de 1973, en respuesta a un cuestionario de Joan E. Garcés. La publicación incluye la cinta magnetofónica con la voz de Orlando Letelier.

■ **HACIENDO CAMINO AL ANDAR** - **Marta Harnecker** - (Santiago - Lom/Flacso/Mepla-1995).
Serie de entrevistas hechas por la autora a los protagonistas de ocho gobiernos locales en América Latina (alcaldes, dirigentes políticos, funcionarios municipales, etc.) que relatan su práctica cotidiana de reorganización social.

■ **LA CRITICA LITERARIA CHILENA** - Editores: **Maria Nieves Alonso / Mario Rodriguez / Gilberto Triviños** -(Concepción-Editora Aníbal Pinto-1995).
El libro recoge el material de ponencias e intervenciones realizadas durante un Seminario sobre la crítica literaria chilena de la última década, realizado en Abril de 1994 en Concepción, con la participación de numerosos críticos, periodistas, editores y profesores nacionales.

■ **"CARTAS CREDENCIALES", ANTOLOGIA POETICA CUBANO CHILENA** - (Santiago-Instituto Nacional de la Juventud-1995).
Esta publicación reune voces significativas de la poesía joven chilena a través de una cita con autores cubanos que también forman parte de esta antología. 18 son los autores que comparten la zona de contactos armada por esta doble geografía poética.